

¿RESUCITÓ REALMENTE JESÚS DE ENTRE LOS MUERTOS?

Es probable que ningún aspecto de la vida y muerte de Jesús sea más controvertido que la enseñanza del Nuevo Testamento en cuanto a que Jesús, después de Su crucifixión de manos de los romanos, resucitara corporalmente de entre los muertos. Después de todo, es un hecho totalmente más allá del ámbito de la experiencia humana normal; ¡las diferentes maneras como abordamos la muerte nos dicen que las personas no se recuperan de ella! Algunas personas han afirmado que murieron y luego volvieron a la vida, sin embargo, se tratan de experiencias momentáneas muy subjetivas que escapan al ámbito de la verificación. Aun si estas personas en realidad murieron y volvieron a la vida, no esperan vivir para siempre, como dice el Nuevo Testamento acerca de Jesús. Sus experiencias, aun si fueran reales, realmente no son comparables. Irónicamente, muchas personas se apresuran más a creer en estas historias que creer en la posibilidad de la resurrección de Jesús basándose en los documentos que la registra.

El primer pensamiento de muchos al enfrentarse con la idea de la resurrección de Jesús es «¡Eso es imposible!». A menudo con ello dejan de pensar sobre el tema, ya que la ciencia moderna no acepta tal posibilidad. Sin embargo, debemos ser cautelosos al afirmar que algo es imposible—especialmente algo que involucre lo divino. De hecho, la única manera de declarar «imposible» algo como la resurrección de Jesús es descartando la posibilidad de que Dios exista—lo que, por supuesto, es lo que algunos hacen. Mientras se admita tan solo la *posibilidad* de la existencia de Dios (y debemos admitirla, desde el punto de vista filosófico, porque no puede ser refutada), entonces no podemos decir que la resurrección de Jesús sea «imposible». Si usted cree en Dios, debe estar dispuesto a aceptar la posibilidad de la resurrección. El siguiente paso, como hemos sostenido anteriormente, es preguntar acerca de la *probabilidad* en lugar de la *posibilidad*. Esta es

la tarea del historiador, es decir, reconstruir de la evidencia lo que es más probable en cuanto a los acontecimientos del pasado. Es lo que necesitamos preguntarnos en cuanto a la resurrección de Jesús. ¿Qué probabilidad hay de que se levantara de entre los muertos?

¿QUÉ IMPACTO TIENE ESTA PREGUNTA?

Antes de proceder a la parte del análisis, debemos hacer una pausa para preguntar: «¿Qué impacto tiene esta pregunta?». ¿Qué tan importante es que respondamos? ¿Por qué no podemos sencillamente hablar de lo que sabemos sobre la vida y muerte de Jesús y dejar fuera toda consideración acerca del controvertido tema de Su resurrección? ¿No estaremos más firmes, tanto histórica como espiritualmente, si simplemente evitamos hablar de la resurrección y dejar que cada persona piense lo que elija al respecto? Las anteriores son todas buenas preguntas y merecen que se les presten atención.

Cuando estaba en la escuela de postgrado, se me pidió en un seminario de doctorado leer un artículo académico escrito por un aclamado teólogo alemán sobre el tema de la historicidad de la resurrección (es decir, si la resurrección ocurrió o no realmente). El autor utilizó más de treinta páginas analizando los pros y los contras de esta importante interrogante, y luego llegó a la conclusión de que, en última instancia, realmente no importa si Jesús resucitó o no de entre los muertos. Lo importante, dijo, es que en la mañana de Pascua, el creyente pueda «tener el brillo de la resurrección en su corazón», sea que el evento realmente sucediera o no. ¡Quedé petrificado! ¿Cómo puede alguien, que incluso estaba tratando de pensar históricamente, decir que algo como la resurrección de Jesús de entre los muertos no importa? ¿Cómo pudo este brillante pensador pasar repentinamente de una investigación histórica válida a una experiencia religiosa subjetiva?

Piense de nuevo en la caminata lunar de Neil

Armstrong. O bien caminó en la luna, o no lo hizo. No podemos decir que lo que realmente importa es si tenemos o no «el brillo de la caminata lunar» en nuestros pensamientos. Lo mismo ocurre con la resurrección de Jesús: O bien se levantó de los muertos, o no lo hizo. Esta declaración hace que la resurrección sea un tema válido de investigación histórica, sobre todo porque tenemos múltiples fuentes que dicen que sí lo hizo. Ello no quiere decir que podamos «probar» o «desmentir» la resurrección, sin embargo, ciertamente podemos analizar la cuestión de la probabilidad. No bastará con simplemente decir: «No tiene importancia». Si Jesús *en verdad* resucitó de entre los muertos, entonces estaríamos desestimando como irrelevante el momento más importante de la historia humana. La honestidad intelectual nos impide hacer eso. ¿Por qué deberíamos desear hacerlo? ¿Los que no creen deberían acoger con satisfacción la oportunidad de refutar ese mito fantástico! ¿Los creyentes deberían acoger con satisfacción la oportunidad de corroborar como una gran verdad la resurrección de Jesús!

Los autores del Nuevo Testamento estaban completamente conscientes del impacto de esta interrogante, según lo revelan sus comentarios. Sabían que la resurrección constituía un concepto fundamental para la fe cristiana. ¡Pablo llegó incluso al extremo de declarar que si se eliminaba la resurrección, el mensaje cristiano quedaba invalidado en su totalidad! En 1ª Corintios 15.3–5, mencionó la muerte, sepultura, resurrección y apariciones de Jesús después de la resurrección como las cosas que enseñó «primeramente» en su predicación a los Corintios. Luego aseveró:

Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe. [...] y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron (1ª Corintios 15.14–18).

Pablo no se intimidó ante las consecuencias de lo que predicaba. Estuvo dispuesto a decir sin vacilación que el Evangelio—el mensaje salvador del sacrificio de Cristo por nuestros pecados—se sostiene o cae sobre la realidad de la resurrección.

¿Por qué no puede haber un cristianismo «sin resurrección»? Después de todo, seguiría honrando a Jesús y enseñando un buen modo de vivir; sin embargo, según Pablo, tales preceptos no constituyen nuestras principales preocupaciones. En Romanos 1.1–4, dio un excelente resumen del Evangelio que predicaba.

... el evangelio de Dios, [...] acerca de su Hijo,

nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos.

¿Qué quiso decir Pablo cuando dijo que Jesús fue «*declarado* Hijo de Dios [...] por la resurrección...» (énfasis nuestro)? Algunos lo han entendido en el sentido de que Jesús *se convirtió* en el Hijo de Dios cuando fue levantado de entre los muertos. Eso no fue lo que Pablo dijo. La resurrección no «convirtió» a Jesús en el Hijo de Dios. Según Pablo, «demostró que era» el Hijo de Dios. Demostró que Jesús era, de hecho, quien afirmaba ser. Pablo sabía esta verdad de una manera muy personal, porque el ver a Jesús resucitado de entre los muertos fue lo que lo convenció de que Jesús verdaderamente tenía que ser el Mesías de Israel y no el impostor que Pablo en un principio había creído que era (Hechos 9.1–5; 1ª Corintios 9.1).

Pablo no fue el único que entendía la resurrección de Jesús de la manera anterior. Hechos 2.14–36 contiene una sinopsis de lo que puede llamarse correctamente «el primer sermón cristiano». Fue la primera vez que la identidad de Jesús fue proclamada después de la crucifixión y resurrección. Pedro fue el orador. Después de declarar que el fenómeno presenciado por la multitud de judíos reunidos en Jerusalén para Pentecostés (2.1–13) constituía el cumplimiento de la profecía mesiánica de Joel 2.28, comenzó a hablar de Jesús (Hechos 2.22). Observe con qué rapidez Pedro pasó de hablar de los acontecimientos de la vida y muerte de Jesús (2.22, 23) para hablar de Su resurrección, lo cual sin duda constituye el tema central de su sermón. Argumentó, sobre la base de un texto profético de Salmos 16, que *alguien* sería levantado de entre los muertos. «Porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción» (2.27). A continuación, afirmó que David no podría haber estado hablando acerca de sí mismo, ya que todos sabían que David había muerto y había sido sepultado. La ubicación de su tumba todavía era conocida. Continuó diciendo que David no estaba hablando de sí mismo, sino «de la resurrección de Cristo [el Mesías]» (2.31). Luego concluyó diciendo: «Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo» (2.36). La resurrección apuntaba a la identidad de Jesús como Señor y Cristo (el Mesías). Sin ella, era tan solo un pretendiente mesiánico más.

La validez misma de la fe cristiana se basa en la interrogante en cuanto a si Jesús resucitó o no de los muertos. Es bastante irónico el hecho de que tantos

cristianos profesos hoy no alcanzan a comprender este aspecto del evangelio.

¿DÓNDE ESTÁN LAS PRUEBAS?

Ahora que tenemos una idea clara de lo que está en juego en el análisis sobre la resurrección de Jesús, volvamos a la cuestión de la probabilidad. ¿Hay alguna evidencia que sugiera que Jesús probablemente se levantó de entre los muertos?¹

Fuentes antiguas

Los escritos mismos del Nuevo Testamento constituyen las fuentes más antiguas que dan testimonio sobre este tema. Lo notable aquí es que todos los textos antiguos dicen (o suponen) lo mismo, esto es, que Jesús resucitó de entre los muertos. Los cuatro evangelios todos reportan que Jesús fue resucitado. Las primeras predicaciones de los apóstoles que aparecen en Hechos alegan lo mismo, al igual que los escritos de Pablo (1ª Corintios 15; Romanos 1.1–4). Las declaraciones de Pablo tienen una importancia especial, ya que escribió unos veinte o veinticinco años antes de que los evangelios fueran escritos (según la mayoría de los cálculos). Fue a mediados de los años 50 d. C. que Pablo escribió que la fe cristiana no es válida si Cristo no hubiese resucitado (vea 1ª Corintios 15). Incluso antes, muy probablemente en el año 51–52 d. C., hizo la siguiente declaración en 1ª Tesalonicenses 4.14: «Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él». Algunos alegan que en la iglesia primitiva había surgido un «mito de resurrección» para cuando los cuatro evangelios fueron escritos, quizás cuarenta años o más después de los hechos. Habría sido sorprendentemente demasiado poco tiempo para la creación y aceptación de tal mito; sin embargo, Pablo escribió unos veinte años después de la muerte y resurrección de Jesús. Testigos oculares de los hechos mismos que estuvieron durante la Pascua en Jerusalén todavía seguirían con vida; podrían haber argumentado lo contrario si Jesús no hubiera resucitado y si Su cadáver habría sido visto después de la supuesta resurrección. Pablo incluso habló de una aparición ocurrida después de la resurrección «a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya

¹ Estos puntos son analizados en Gary R. Habermas, «Why I Believe the Miracles of Jesus Actually Happened» (Por qué creo que los milagros de Jesús realmente sucedieron), N. L. Geisler y P. K. Hoffman, eds., *Why I Am a Christian: Leading Thinkers Explain Why They Believe* (Por qué soy cristiano: Pensadores reconocidos explican por qué creen), rev. y exp. ed. (Grand Rapids, Mich.: Baker Books, 2006), 126–34.

duermen» (1ª Corintios 15.6). Pablo parece haber estado diciendo: «¡Todavía hay testigos, vayan y pregúntenles a ellos!». Esta es toda una afirmación hecha con osadía si Pablo sabía que lo que estaba escribiendo no era verdad.

Todas las fuentes más antiguas dicen que Jesús resucitó de entre los muertos. Ninguna de ellas dice que no lo hiciera. Si lo que se admitía era un cristianismo sin resurrección, sin duda, uno o más autores del Nuevo Testamento lo habrían reflejado en sus escritos.²

La sepultura de Jesús

Puede que el hecho de que Jesús fuera sepultado tras Su crucifixión no nos parezca importante, sin embargo, lo fue para los autores del Nuevo Testamento. Los cuatro evangelios mencionan la sepultura de Jesús (Mateo 27.57–61; Marcos 15.42–47; Lucas 23.50–56; Juan 19.38–42). Los relatos concuerdan con las costumbres funerarias judías, según podemos determinarlo a partir de otras fuentes antiguas. Normalmente, los cadáveres eran preparados para su entierro siendo lavados, ungidos con especias (tanto para el control de olores como para el honor) y envueltos en mortajas. Marcos 16.1 y Lucas 24.1 dicen que las mujeres que fueron al sepulcro muy temprano esa mañana de domingo lo hicieron con el fin de ungir el cuerpo de Jesús con especias. Recuerde que Jesús había sido sepultado con prisa, ya que se acercaba el día de reposo, por lo que no hubiera habido tiempo para una sepultura «adecuada» (Juan 19.41, 42). Como sepultura se utilizaban a menudo nichos tallados en las paredes de las cuevas que se cerraban con grandes piedras; muchas de las que aún existen en Palestina se remontan a la época de Jesús. Los evangelios son consecuentes unos con otros al hacer mención de la sepultura de Jesús, y lo que dicen concuerda con lo que sabemos por medio de otras fuentes.

El hecho de que tengamos tanta información como la que tenemos por los evangelios sugiere la importancia de este aspecto de la historia de Jesús para estos autores. Pablo mencionó el hecho de que Jesús «fue sepultado» como una de las cosas que «primeramente» proclamó del mensaje del evange-

² «No existe una forma conocida de cristianismo primitivo (aunque hay algunas que han sido inventadas por investigadores ingeniosos) que no afirme, como su fundamento, que después de la vergonzosa muerte de Jesús, Dios le resucitara a la vida» (N. T. Wright, *The Challenge of Jesus: Rediscovering Who Jesus Was and Is* [El desafío de Jesús: El redescubrimiento de quién fue y es Jesús] [Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1999], 126.)

lio (1ª Corintios 15.4). ¿Por qué es la sepultura de Jesús tan importante y cómo sirve de prueba con respecto a la resurrección?

Su importancia no es difícil de ver. La sepultura de Jesús autentica Su muerte y es el preludio necesario para la resurrección. El saber que Jesús estuvo físicamente muerto nos ayuda a comprender lo que el Nuevo Testamento quiere decir al hablar de Su «resurrección». En otras palabras, no fue meramente una resurrección «espiritual» (sea lo que esto signifique), como a menudo se sugiere, sino, la resurrección de Su cuerpo que estuvo anteriormente muerto. Es casi como que si los autores antiguos estuvieran tratando de responder de antemano algunas de las objeciones comunes planteadas con respecto a la resurrección, es decir, la noción de que no estaba realmente muerto, que solamente se desmayó y más tarde revivió en el sepulcro, o que «vivió de nuevo» en los corazones de sus seguidores en lugar de «resucitar» físicamente. Los evangelios desean que sepamos que Jesús murió totalmente de forma física. Si hubiera estado presente un médico, con todos los instrumentos de análisis médicos modernos, habría pronunciado a Jesús como muerto; no habría encontrado pulso ni actividad cerebral, ni respiración. Puesto que Jesús había muerto, fue sepultado, lo cual prepara el escenario para Su resurrección.

Si Jesús fue sepultado, tenía entonces que sucederle algo a Su cuerpo. ¡Qué fácil habría sido para las autoridades judías—o para Pilato—haber presentado el cuerpo muerto si hubiera permanecido en el sepulcro! ¡De esta manera podrían haber aplastado el nuevo movimiento cristiano incluso antes de que comenzara! Asombrosamente no lo hicieron—no pudieron.

El sepulcro vacío

Los amigos de Jesús así como Sus enemigos reconocieron que el sepulcro estaba vacío. Cuando las mujeres fueron al sepulcro el domingo por la mañana, lo encontraron vacío. Este hecho tiene que ser explicado de alguna manera. ¿Fueron al sepulcro equivocado, uno que no había sido utilizado? No es probable, ya que Marcos 15.47 agrega esta nota en su mención de la sepultura de Jesús: «Y María Magdalena y María madre de José miraban dónde lo ponían». Lucas 23.55 agrega: «Y las mujeres que habían venido con él desde Galilea, siguieron también, y vieron el sepulcro, y cómo fue puesto su cuerpo». Tanto Marcos como Lucas hicieron declaraciones que se oponen a la suposición de que las mujeres se perdieron en la penumbra de la madrugada y fueron al sepulcro equivocado.

Se tiene que dar alguna explicación del por qué

el sepulcro de Jesús estaba vacío. Es lo lógico, ¿no? Si autoridades del gobierno descubrieran que el sepulcro de John F. Kennedy en el Cementerio Nacional de Arlington está en realidad vacía, ¿cree que no habría preguntas sobre el paradero del cuerpo? Cada posibilidad sería explorada con el fin de explicar lo sucedido con el mismo. Tendría que estar en alguna parte. Bueno, sucedió lo mismo con el cuerpo de Jesús. Si no estaba en el sepulcro, ¿qué se hizo?

Al oponerse a la idea de la resurrección, algunos señalan que los apóstoles no resaltaron el hecho del sepulcro vacío al predicar de la resurrección. Dan a entender que constituye más una invención moderna que una realidad antigua y no es por lo tanto un argumento muy convincente. Sin embargo, tenga en cuenta el sermón de Pedro en Pentecostés (Hechos 2.22–36). Cuando Pedro declaró, basado en Salmos 16, que el «santo» de Dios no vería corrupción ni su cuerpo se descompondría, no dudó en afirmar: «Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy» (Hechos 2.29). Si bien Pedro no mencionó específicamente el sepulcro vacío de Jesús, la implicación es bastante clara: el sepulcro de Jesús está vacío; el de David no. Además, los apóstoles fueron testigos oculares del Cristo resucitado. Naturalmente, el sepulcro vacío pasaría a un plano secundario después de ello como evidencia.

Los intentos por desechar la realidad del sepulcro vacío y su importancia van desde lo fantástico a lo cómico, sin embargo, ninguno de ellos ha ganado muchos seguidores, incluso entre los investigadores escépticos. La sugerencia de que los enemigos de Jesús robaron Su cuerpo para impedir que se fabricaran argumentos a favor de la resurrección es simplemente ilógica, puesto que lo último que hubieran querido era un sepulcro sin cuerpo en él. Por otra parte, la idea de que los seguidores de Jesús robaron Su cuerpo para que pareciera como si hubiera resucitado es igualmente inverosímil, ya que eventualmente murieron por alegar que así fue. Ideas como la «teoría del desmayo» (que Jesús no estaba realmente muerto, por lo que revivió en el fresco del sepulcro y luego salió por Su propia cuenta) no merecen un análisis serio ni suelen dárseles ninguno.

Más recientemente, John Dominic Crossan, del Seminario sobre Jesús, ha tomado un enfoque diferente al argumentar que el cuerpo de Jesús no fue sepultado en absoluto. Basándose totalmente en la especulación, Crossan dice que—en vista de que los enemigos de Jesús no le habrían dado a Su cuerpo una sepultura decente y a Sus amigos no se

les habría permitido hacerlo—lo más probable es que Su cuerpo fue arrojado en una tumba poco profunda por sus verdugos y luego comido por perros.³ Para rechazar el argumento de los evangelios en cuanto a que José de Arimatea, un miembro respetado del Sanedrín, pidiera el cuerpo de Jesús a Pilato y se encargara de sepultarlo, Crossan simplemente alegó (sin evidencia histórica) que no fue así. Dijo: «Si ellos tenían el poder, no eran Sus amigos; si eran Sus amigos, no tenían ningún poder».⁴ Hacer afirmaciones sin evidencias que provengan de fuentes no es una buena metodología histórica. El argumento de Crossan en cuanto a que el cuerpo de Jesús nunca fue sepultado tiene que ser visto como lo que es, a saber: una medida desesperada para evitar tener que explicar el sepulcro vacío.

Informes acerca de la resurrección

Otra consideración que se tiene que hacer es la manera en que se informó de la resurrección. Uno de los argumentos cruciales que habitualmente se presentan en contra de la realidad de la resurrección es que la misma fue un invento de la iglesia primitiva (algunos dicen que Pablo lo inventó) para tratar de dar validez a su nueva religión. La idea es que Jesús no alegó ser el Mesías ni el Hijo de Dios, ni realmente hizo milagros ni resucitó de entre los muertos. En esencia, el argumento es que los autores de los evangelios inventaron una narrativa ficticia (o cuatro narrativas independientes, ya que no estuvieron de acuerdo en todos los detalles) en el sentido de que Jesús resucitara de los muertos y que todavía está vivo. Esto puede sonarle muy lógico a un crítico a primera instancia, sin embargo, hay algunos defectos graves en ese razonamiento.

Si Mateo, Marcos, Lucas y Juan meramente inventaron la historia de la resurrección, ¿por qué no mencionaron a alguien que realmente *viera* el evento? Las cuatro narraciones del evangelio mencionan que Jesús murió y fue sepultado, y que luego las mujeres encontraron el sepulcro vacío el domingo. No hubo testigos que vieran a Jesús saliendo del sepulcro—solamente está el sepulcro vacío y, después, el Cristo resucitado. (Mateo 28.11 podría sugerir que los soldados que vigilaban el sepulcro vieron salir a Jesús, sin embargo, no está claro si «todas las cosas que habían acontecido»

³ John Dominic Crossan, *Jesus: A Revolutionary Biography* (*Jesús: Una biografía revolucionaria*) (San Francisco: Harper-San Francisco, 1995), 154.

⁴ John Dominic Crossan, *The Historical Jesus: The Life of a Mediterranean Jewish Peasant* (*El Jesús histórico: La vida de un pueblerino judío de la cuenca del Mediterráneo*) (San Francisco: HarperSan Francisco, 1991), 393.

necesariamente lo incluyen.) Ahora bien, esta es una manera bastante peculiar y poco convincente de inventar un mito. Si la historia había sido meramente inventada, ciertamente los cuatro evangelistas (como a menudo se les llama a los autores del Evangelio) habrían proporcionado algunos testigos notables. El sumo sacerdote judío podría haber estado allí, o tal vez Pilato, para comprobar que Jesús había resucitado de entre los muertos. El hecho de que estos cuatro autores no intentaron ampliar la lista de testigos es un argumento a favor de su veracidad. En otras palabras, no trataron de decir más de lo que realmente sabían.

Tenemos otro punto a considerar. Las primeras personas en ver el sepulcro vacío y el Cristo resucitado fueron mujeres. Eso no es tan sorprendente en nuestros días, sin embargo, en el judaísmo del siglo primero, habría sido como no tener testigos del todo. Las mujeres no prestaban testimonio ante el tribunal y en general eran consideradas ser testigos no fiables. El Nuevo Testamento lo refleja en las narraciones de la resurrección de Jesús. Lucas dice claramente que cuando las mujeres fueron a los discípulos para decirles lo que habían encontrado, «... a ellos les parecían locura las palabras de ellas, y no las creían» (24.11). Además, los evangelios son muy francos en cuanto a la lentitud para creer exhibida por los seguidores varones de Jesús. Mateo 28.17 dice que cuando los discípulos se encontraron con Jesús en el monte de Galilea que Él había especificado, «le adoraron; pero algunos dudaban». Tomás, al oír que Jesús había resucitado y aparecido a los otros discípulos dijo: «Si no viere en sus manos la señal de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré» (Juan 20.25). ¡Qué extraño es que los autores que trataban de convencer a los incrédulos sobre la verdad de la resurrección informaran que incluso los más cercanos a Jesús no creían al principio!

JESUS Y EL NUEVO PACTO

«Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna. Porque donde hay testamento, es necesario que intervenga muerte del testador. Porque el testamento con la muerte se confirma; pues no es válido entre tanto que el testador vive. De donde ni aun el primer pacto fue instituido sin sangre. [...] Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión» (Hebreos 9.15–22).

¡Qué irónico es que los primeros testigos del Cristo resucitado no habrían servido como testigos! ¡Así no se hace un relato de forma convincente! Nos inclinaríamos a pensar que Mateo, Marcos, Lucas y Juan habrían evitado incluir estos datos potencialmente embarazosos a menos que supieran—o al menos creyeran—que eran verdad.

Apariciones que se dieron después de la resurrección

En quinto lugar, se nos habla de apariciones ocurridas después de la resurrección. Cuando Pablo expuso los asuntos que «primeramente» le enseñó a la iglesia en Corinto, incluyó, junto con la muerte, sepultura y resurrección, el hecho de que Jesús se presentó a varios de Sus seguidores después de resucitar (1ª Corintios 15.5–8; vea también Hechos 1.3, donde dice que estas apariciones tuvieron lugar durante un período de cuarenta días). Estas apariciones no fueron solamente ante los once discípulos, sino también ante «más de quinientos hermanos a la vez» (1ª Corintios 15.6), a Jacobo (probablemente el propio hermano de Jesús) y, finalmente, al mismo Pablo. Algunas de estas apariciones, obviamente no todas, son mencionadas en los cuatro evangelios. Otros casos se mencionan en la narración de la conversión misma de Pablo y de su llamado al apostolado en Hechos 9; 22; 26.

Los propios seguidores de Jesús duraron en creer. Las apariciones ocurridas después de la resurrección fueron necesarias para convencer incluso a los discípulos de Jesús de que realmente había resucitado de entre los muertos y para capacitarlos como testigos oculares de la resurrección, lo cual más tarde se convirtió en la principal función de ellos. El hecho de que hubo tantas apariciones ante tal variedad de personas y de que Pablo prácticamente invitara a entrevistar a algunos de los testigos, constituye un argumento a favor de su autenticidad histórica.

Las conversiones

Como parte de la evidencia de la resurrección de Jesús tenemos las conversiones de Saulo y Jacobo. Nadie fue más escéptico de la verdad de la identidad de Jesús y de Su resurrección que Saulo de Tarso, quien más adelante sería conocido como el apóstol Pablo. Fue un perseguidor del movimiento cristiano (vea Hechos 9; 22; 26; Gálatas 1.13, 14; 1ª Timoteo 1.12–15). El libro de Hechos lo presenta como uno de los principales enemigos de la iglesia y muestra que, luego de su conversión, la iglesia gozó de un tiempo de paz sin precedentes (9.31). Del mismo modo, Pablo mencionó que Jesús se le había

aparecido «a Jacobo» (1ª Corintios 15.7). En vista de que menciona una aparición «a los doce» antes de esto (vers.º 5) y «a todos los apóstoles» (vers.º 7), parece que este Jacobo no era un apóstol. ¿Quién podría ser este Jacobo y por qué Pablo consideró tan importante esta aparición?

La explicación más probable es que se trataba de Jacobo, el hermano de Jesús, quien se convirtió en un líder en la iglesia primitiva y muy probablemente el autor de la carta del Nuevo Testamento de Santiago.⁵ Al igual que Pablo, Jacobo probablemente se convirtió en un creyente como consecuencia de esta aparición. Marcos 3.21 informa que en un momento dado de la familia de Jesús «vinieron para prenderle; porque decían: Está fuera de sí». En otras palabras, las personas de la región donde nació Jesús creían que Sus palabras y acciones eran propias de un demente, y la familia vino para encargarse de Él. Esto sin duda explica la razón por la que, cuando la multitud le informó a Jesús: «Tu madre y tus hermanos están afuera, y te buscan», Él respondiera: «todo aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre» (Marcos 3.31–35). Juan 7.5 dice que «... ni aun sus hermanos creían en él», sin embargo Hechos 1.14 dice que, tras la resurrección y ascensión al cielo, los restantes once apóstoles «perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos» (énfasis nuestro). Al parecer, en algún momento entre la crucifixión y Hechos 1, Jacobo se había convertido en creyente. Una aparición ocurrida después de la resurrección ciertamente explicaría esta conversión en el caso de Jacobo, al igual que en el de Pablo, y tal vez sería más satisfactoria que cualquier otra explicación, ya que anteriormente ambos habían estado rotundamente escépticos.

Una devoción sacrificada

Los discípulos estaban dispuestos a morir por proclamar la resurrección. De acuerdo con las antiguas tradiciones cristianas, todos los discípulos originales de Jesús (a excepción de Juan y, por supuesto, Judas) fueron martirizados por atestiguar que Jesús había sido crucificado y resucitado de entre los muertos. Sería difícil explicar su disposición a enfrentar la muerte por algo que sabían que era una farsa. Sin duda, como mínimo uno de ellos habría flaqueado y expuesto como farsa toda la historia. No hay evidencia histórica de que por lo menos uno de ellos lo hiciera.

⁵ N. del T.: «Santiago» es una variante en español además de «Jacobo» para el mismo nombre en hebreo.

La iglesia

Nadie puede negar con base en la historia que la iglesia primitiva surgió a la vida de repente y se extendió rápidamente después de la muerte de Jesús. La iglesia continúa hasta nuestros días. Tiene que proponerse algo que explique este fenómeno histórico, especialmente en vista del hecho de que los primeros seguidores de Jesús a menudo fueron objeto de persecución e incluso de muerte. Muchos movimientos han comenzado y prosperado bajo persecución. Lo que hace único al cristianismo es la rapidez con la que llegó a la escena y la rapidez con la que se propagó. La firme convicción de que Jesús había resucitado de entre los muertos y la vida eterna que ofrecía a los que le habían seguido podría explicar este fenómeno. Es difícil imaginar algo más que lo explique. James D. G. Dunn declaró recientemente que el movimiento cristiano puede ser únicamente explicado de forma adecuada sobre la base del impacto que Jesús causó en Sus primeros seguidores, y por el hecho de que los evangelios son el resultado de la impresión que dejó en ellos. «El hecho histórico del cristianismo es imposible de explicar sin el hecho histórico de Jesús de Nazaret y la impresión que Este dejó».⁶ Esta «impresión» dio lugar a los relatos del Nuevo Testamento acerca de Su resurrección. Ben Witherington III concordó con este juicio, diciendo:

... después de la crucifixión, se necesitaba un milagro que generara la iglesia—de hecho, incluso para generar el círculo íntimo de los seguidores de Jesús. Nuestras fuentes más antiguas, de su propia confesión, son claras en cuanto a que casi todo el círculo íntimo de los discípulos varones negaron, abandonaron o traicionaron a Jesús, mientras que las mujeres lo vieron morir y luego fueron a colocar una ofrenda floral, por así decirlo, en la sepultura. Es el acontecimiento histórico [el de la resurrección] que revirtió esta tendencia drástica, sin la cual la historia de Jesús habría quedado en el basurero de la historia.⁷

¿VIVE TODAVÍA?

Jesús resucitó de la muerte y sigue vivo, a la diestra de Su Padre en el cielo (Marcos 16.19). Esta es la clave de la fe cristiana. Pablo escribió:

⁶ James D. G. Dunn, *A New Perspective on Jesus: What the Quest for the Historical Jesus Missed (Una perspectiva nueva acerca de Jesús: Lo que no tomó en cuenta la búsqueda del Jesús histórico)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Academic, 2005), 22–23.

⁷ Ben Witherington III, *What Have They Done with Jesus? Beyond Strange Theories and Bad History—Why We Can Trust the Bible (¿Qué hicieron con Jesús? Más allá de las teorías extrañas y una historia errada—La razón por la que podemos confiar en la Biblia)* (San Francisco: HarperSanFrancisco, 2006), 11.

Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. [...] Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte (1ª Corintios 15.20–26).

La vida continua de Jesús ofrece esperanza para el futuro supremo de los creyentes, cuando incluso la muerte misma dejará de ser un problema.

Del mismo modo, Hebreos 7.23–25, después de argumentar que Jesús es el «sumo sacerdote» supremo y superior a los sacerdotes que servían bajo Moisés, afirma que Jesús «permanece para siempre» y «puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos». Los creyentes en la muerte y resurrección de Jesús encontramos gran consuelo en el hecho de que no solamente resucitó y murió, sino que vive para siempre y por lo tanto puede sernos de gran ayuda. Él proporciona la intercesión espiritual con Dios a los que le siguen.

El asunto en cuanto a si Jesús realmente resucitó o no de los muertos es crucial. Fíjese en las pruebas y luego decida usted mismo. ■

LO QUE PABLO DICE DE LA RESURRECCIÓN

«Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; [...]

«Pero si se predica de Cristo que resucitó de los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de muertos? Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe. Y somos hallados falsos testigos de Dios; porque hemos testificado de Dios que él resucitó a Cristo, al cual no resucitó, si en verdad los muertos no resucitan. Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres. Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho» (1ª Corintios 15.3–20).

Autor: Tommy South

©Copyright 2008, 2010, por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados